

LA CIÉNAGA

Sonó el timbre. David se asomó a la ventana del taller en el piso de arriba y vio que un coche japonés estaba aparcado frente a su porche.

Bajó las escaleras secándose lentamente las manos con un trapo sucio. Abrió la puerta.

Un tipo con amplia sonrisa, dentro de la cincuentena, gordito y calvo le esperaba con una enorme maleta de ruedas.

—Buenos días señor Smith —había leído su nombre en el buzón de la entrada—, permítame que me presente: soy Sebastian, y les traigo a usted y a su esposa unos maravillosos utensilios de cocina que les hará la vida mucho más fácil, artilugios inverosímiles, de una creatividad prodigiosa, inventos solo dignos de mentes superdotadas. Quedarán boquiabiertos, se lo prometo.

—Estoy deseando ver a mi mujer boquiabierta —todavía se estaba secando, por lo que no apretó la mano que el vendedor le ofrecía—.

—KLM tiene unos productos que no se lo pueden ni imaginar. Altísima tecnología para el hogar. KLM es la marca líder en el sector, créanme, si me dan la oportunidad de enseñarles lo que les traigo en este baúl mágico... nunca se arrepentirán, de verdad.

—Mire Sebastian, yo vivo solo, nunca me he casado, Dios me libre de ello, tengo el pueblo de Louisville a catorce millas, estoy aislado aquí como podrá ver, solo hablo, y poco, con el chico que me trae la compra todos los viernes. Si le dejo pasar adentro no es porque su producto me importe una mierda, sino porque será una novedad inmensa para mí el poder charlar con alguien distendidamente. ¿Me ha entendido? No le voy a comprar nada, aunque es cierto que me ha despertado usted mucha curiosidad por saber que hay dentro de ese baúl rodante.

Sebastian, por experiencia, sabía que aquellos clientes que eran más reticentes al principio acababan siendo los mejores compradores, sobre todo los solitarios, que se asombraban con cualquier fruslería, ya tenía en mente colocarle un juego de peladores en juliana que llevaba en la maleta desde el verano pasado. Sonrió, tenía la corazonada de que aquella casa perdida entre los árboles, encontrada por casualidad, le haría ganar unos cuantos dólares.

—De acuerdo David...

—Me puede llamar señor Smith, si quiere.

—Oh, sí, claro, señor Smith.

—Digamos que porque estamos en julio, hace un calor de mil demonios y tengo ganas de hablar con alguien, voy a hacer una limonada bien fresquita y a pasar unos minutos de conversación agradable con usted. ¿Qué le parece?

Sebastian levantó el dedo índice como un niño en la escuela.

—¿Podré mostrarle mis cuchillos de filo indeformable?

—Por supuesto, estoy intrigado, pero recuerde que no le compraré nada.

El vendedor sonrió de oreja a oreja, no se le iba a escapar vivo.

David, hizo y pensó lo mismo.

—Pase, pase, iremos a la cocina, es el lugar más fresco de la casa. Miento, el lugar más fresco de la casa es el sótano.

—Sí, claro, ja, ja, ja...

—No es por alardear pero tengo un sótano verdaderamente espectacular. Estoy orgulloso de él. Esta casa la construyó mi padre en los años cincuenta. En aquella época todos creíamos que los rusos nos iban a fastidiar en serio, ya sabe, aunque luego descubriéramos que el león no era tan fiero. Y mi padre, como tantos otros, hizo un búnker antinuclear. No le falta de nada. Está anticuado pero es operativo.

—Como los suizos...

—No sé, no tengo ni idea de dónde está Suecia.

—Suiza.

David pensó que era un listillo, ahora todos tenían mucha información gracias a las nuevas tecnologías, y eso le molestaba.

—Lo que sí sé es que su coche es japo.

—Oh, no se moleste por eso, KLM nos proporciona esos coches tan pequeños para ahorrar y poder así ofrecerles productos más baratos. Son muy económicos pero la verdad es que no tienen nada de potencia, no como los nuestros, claro. Aunque eso sí, estos demonios tienen toda la tecnología del momento.

—¿Ah, sí? Pues qué bien.

—Luego me gustaría que me enseñara su refugio antinuclear, si es tan amable, tengo curiosidad, nunca he visto uno.

—Oh, por supuesto, por supuesto, yo le echo un vistazo al cofre del tesoro y usted mira mis cimientos.

—Claro y directo, sí señor Smith, ya veo que usted no es de esos que se andan por las ramas.

—No, esos son los monos.

David sirvió el jugo de limón con suficiente narcótico como para acabar con un caballo y Sebastian se quedó dormido a los cinco minutos sobre la mesa de la cocina, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados. Arrastró el maletón hasta el automóvil y tardó bastante tiempo en encontrar la manera de abrir el maletero. Putos japos. Subió al coche y después de un buen rato de búsqueda quedó totalmente sorprendido al comprobar que la llave de arranque era un enorme botón circular en cuyo centro estaba escrita la palabra START. Condujo hasta la Ciénaga de Melanie, lo arrimó a la rampa y lo dejó caer muy despacito. En cuestión de unos treinta minutos ya no quedaba ni rastro del utilitario nipón. La poza se lo había tragado.

David volvió a casa andando, todavía le quedaban seis millas de bosque.

Cuando entró en casa se dirigió a la cocina fatigado y sudoroso, allí seguía el tal Sebastian, aunque ya no roncaba. Polvoriento, se aseó con meticulosidad aunque con cierta premura. Sabía que debía actuar

lo más rápido posible. Los cuerpos tenían que ser trabajados con urgencia; un cuerpo fresco para un trabajo perfecto, se decía.

Arrastró al vendedor hasta la planta de arriba donde tenía el taller. Sebastian pesaba lo suyo y David ya no era un jovencito precisamente. Lo tumbó con dificultad en la mesa de disección. Uf, y comenzó a desnudarlo. Colocó toda su ropa de forma impecable con cuidado de no arrugarla en exceso, al día siguiente la plancharía. La chaqueta le hubiese parecido más bonita si no fuera por el bordado de la solapa donde aparecían tres letras enormes bordadas en rojo. KLM. Qué forma más absurda de estropear un buen traje, pensó.

Pasaron dos semanas febriles y ya lo tenía listo. Lo vació por completo y luego lo relleno con espuma. Ahora no pesaba ni la mitad. Incineró las vísceras y la mayoría de los huesos. Lo colocó con las piernas ligeramente separadas para que se mantuviera de pie sin necesidad de apoyo.

El trabajo quedó perfecto. Sebastian sonriendo, como cuando apareció. Mirando a los ojos con amabilidad, levantando el índice como en el colegio. Qué cara de buena persona. David se arrepintió de no haberle dado tiempo a mostrar los misterios de su maleta. Debía ser un buen vendedor, sin duda. Lo agarró por la cintura con sumo cuidado y lo bajó por las escaleras muy despacio. Fue hacia la entrada del búnker. Siguió bajando por unas escaleras aún más empinadas y estrechas y dio al interruptor con el codo. Notó el enfriamiento casi instantáneo de las gotas de sudor en su frente. Decenas de fluorescentes holgazanes parpadearon desperezándose a la vez. Arrastró el cuerpo a través del angosto pasillo de hormigón hasta que llegó a un gran salón. Allí estaban todos esperándole. Sonrientes. Animados. Alegres. Con cara de granujas.

—Hola James. John ¿qué tal?, Robert bandido, ja, ja, ja, ¡hombre Joshual, maldito judío, ja, ja, Anthony ¿qué te cuentas, salido? Alan, que tío más divertido, ja, ja, ja, aquí os traigo a un buen colega, es un tipo bonachón, vende cuchillos o cosas por el estilo, utensilios de cocina, ya sabéis, con Anthony tendrá mucho de lo que hablar, ja, ja, ¿no es así, Tony? Va a haceros una buena compañía, no lo dudo. ¿Sabéis que tiene un coche japonés? Ja, ja, no podía ser perfecto. Ahora os lo contará todo, es un tipo muy simpático, ya lo veréis, un poco enteradillo, ¿eh, Sebastian? —le dijo guiñándole un ojo a la vez que le daba un leve codazo—, cuéntale lo de los suecos.

David escuchó el timbre en la lejanía y se tensionó. Dejó de reír y parpadear de inmediato. No esperaba a nadie hasta el día siguiente. Salió a la carrera del refugio.

Abrió la puerta con el corazón disparado y con el ceño fruncido.

—Buenos días señor Smith. Aquí le traigo su pedido.

—Oh, gracias Ivan. ¿Ya es viernes, acaso? —preguntó bajando la voz.

—Oh, no señor Smith, vengo hoy porque mañana cerrarán el camino.

—¿Cerrarán el camino? ¿Quiénes? ¿Por qué?

—¿No se ha enterado aún?! Un vendedor desapareció hace unas semanas y han localizado su coche gracias a su GPS. Está hundido en la Ciénaga de Melanie.

—¿G-P-S? —Musitó despacio David.

—Sí, fueron a echarle un vistazo con un dispositivo especial y descubrieron que había muchos más coches sumergidos en el fondo. Van a drenar la ciénaga. Mañana traerán maquinaria pesada para sacar todo lo que hay allí abajo. El pueblo entero está revolucionado. Hay periodistas por todos lados.

—Guau, eso es muy interesante.

—Sí, y más aquí que nunca pasa nada. No se habla de otra cosa. La gente está como loca. Hemos salido hasta en la televisión estatal. La señora Perkins nos pareció muy graciosa cuando la entrevistaron, miraba para todos lados, ja, ja, ja, como asustada. También salió el señor alcalde, la gente comentó que estuvo muy correcto y elegante, aunque el señor Watkins dijo que parecía un mamarracho. Hoy sabrán el recorrido que hizo el coche hasta allí, los lugares donde paró y todo eso...

—¿Y lo pueden saber?

—Con total detalle.

—¿Qué se chismorrea en el pueblo?

—¡De todo! Pero la teoría que más predomina es la del Triángulo de las Bermudas de los vendedores a domicilio.

—¿Ah, sí?

—Sí, gracias a las investigaciones de los periodistas ahora nos hemos enterado de que en esta zona llevan desapareciendo vendedores desde los años setenta.

David sabía que un día pasaría algo así. Era una pesadilla recurrente. Por pura lógica, algún metomentodo llegaría hasta allí para joderle bien jodido. Ya no podría seguir coleccionando amigos. Se desilusionó. Era consciente de que la policía aparecería frente a su puerta en cuestión de horas. Tuvo un chispazo y por un momento pensó en correr a refugiarse, cerrar herméticamente la escotilla inexpugnable y pasar el resto de sus días junto a sus amigos, tenía comida y agua para varias décadas. Pero no.

Levantó la mirada de depredador.

—Oye, nunca te he preguntado por tu nombre ruso...

—Oh, sí, mi padre es ruso.

—De Mongolia o por ahí ¿no?, lo digo por tus rasgos...

—No, no, la que es japonesa es mi madre, mi padre es caucásico.

A David se le erizaron los pelos de todo el cuerpo, le brillaron los ojos, se le paró la respiración por un instante.

—¿Cómo, cómo? ¿A ver si lo he entendido bien? ¿Tu padre es ruso y tu madre japonesa?

—Exacto, señor Smith.

—¡Guau, eso es muy interesante! Siéntate ahí, chico, tomaremos una limonada fresquita mientras me lo cuentas todo. Ya es hora de que charlemos tú y yo, ¿no crees? Y así me cuentas de qué va todo eso del GPS...